JESÚS CLAMABA EN ALTA VOZ

Jesús clamaba en alta voz

JESÚS CLAMABA EN ALTA VOZ

Meditaciones

I	– Jesús clamaba en alta voz	. . . 3
II	– He hablado una vez y no insistiré	. . . 14
III	– Y salió a buscar a la oveja perdida	. . . 35
IV	– Alzada está tu mano	. . . 57
V	– ¿Porqué duermen? Levántense, y oren	. . . 79
VI	– Me confinaste a las tinieblas	. . . 90
VII	– Salía de su boca una espada de dos filos	. . . 114
VIII	– Yo Soy el principio y el fin	. . . 138
	– Que Cristo habite en los corazones	. . . 141
	– Gemidos inefables del Espíritu	. . . 144

Rodolfo Daluisio

2014/15

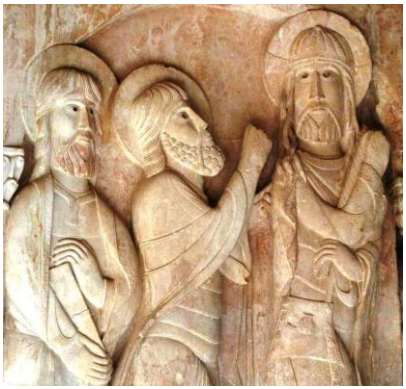
JESÚS CLAMABA

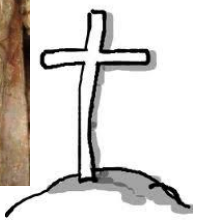
EN ALTA VOZ

"Del que crea en mí

brotarán torrentes

de agua viva"





Esto lo dijo del Espíritu

que habían de recibir

los que a él se unieran por la fe.

Jn. 7*(37)*

I

Exultación de Dios por querer dar;
exultación del alma en recibir.
Exultación del cielo en concebir
la redención que en Dios va a deslumbrar.

Exultación que invita a conquistar
la gracia ya dispuesta a redimir;
el bien, en bien, donado a bendecir;
la vida en vida eterna a recobrar.

Como Jesús clamaba en alta voz:
"De aquel que crea en mí saldrán torrentes",
de un agua viva el alma es la vertiente.

De la sangre del corazón de Dios
se recibe el Espíritu de amor,
unidos en el goce eternamente.

II

Clamas Tú, sobre el monte de las penas,
más alto que el dolor de los gemidos,
que profiere su lástima de olvido,
quien se olvida de Dios y se enajena.

Allí donde la gracia se cercena
y el alma se distrae por el descuido,
clama Dios superando lo perdido,
que con dulce insistencia más resuena.

Clamas Tú, sobre el lodo acobardado
que no sabe esperar, ni sabe amar,
ni pedir; que en su mal no sabe dar.

Feliz es Dios si todo ya lo ha dado,
en el clamor que anuncia lo salvado,
invitando en Espíritu a gozar.

III

Un ciego clamoreo decadente
quiere tapar el nítido clamor,
que brota del torrente bienhechor
de un alma que creyó sinceramente.

Inútil resplandor indeficiente
que cautiva en doliente desamor,
un caudal en su falso sinsabor
que pretende alejar a un Dios ferviente.

¿Quién no podrá escuchar la voz del cielo
dentro del alma, donde va el torrente
del agua de la vida convincente?

¿Cómo podrá callar aquel anhelo,
en el pecho que clama por su cielo,
si lo visita Dios omnipotente?

IV

Esa voz aclamada en nuestra entraña,
ese don tan sublime que ha salido,
y en palabra divina referido
que en su voz celestial nos acompaña.

Esa voz que ya nunca será extraña,
ni se irá del amor que ha compartido,
ni apagará el anhelo ya nutrido,
brotará por la fuerza de una hazaña.

Brotará, cuando dentro de la fuente
que es el Dios de la gracia de infinito,
el alma también sea una surgente.

Es el mismo Señor que da su grito
clamando con ardor y amor ferviente
que, por aquella fe, será bendito.

V

Agua viva del pulso del perdón,
que solo en Dios el alma lo proclama.
El agua viva que la paz declama
solo en espíritu de redención.

Agua viva de la reparación
de dulce novedad que se derrama,
si junto al Corazón de Dios se inflama,
y rescatar del cielo la expiación.

Aquel que brota del que tiene vida,
de sí, al alma de la semejanza
y por el alma a lo creado alcanza.

Agua brotando de la santa herida,
agua que en fuentes del buen Dios anida
para poblar eterna la bonanza.

VI

¿ ¡...Cómo no escuchas alma, aquel torrente
de la voz de las aguas caudalosas,
que emite de su boca venturosa
su voz, como una espada tan hiriente ! ...?

Sus dos filos de oro convincente
bajo el halo real de luz gloriosa,
y candelabros que en sus manos posan
de admoniciones del amor valiente.

La voz que nunca calla, a ti te llama,
alma de distracción inconmovida,
que prefieres huir inadvertida.

La voz, que en tu desierto a ti reclama,
su río en tu infinito se derrama,
como vida de vida resurgida.

VII

Sea el alma de los que tienen fe,
que basta con la fe, a estar unidos,
y venga aquel Espíritu vertido
desde la fuente del eterno bien.

Si basta con oír la voz de Aquel
que clama a la conciencia del descuido,
que una potente voz le ha estremecido
para que quiera unirse por la fe.

Si basta con seguir aquella Voz
que deja huella con clamor potente,
llamando a aquel oído indiferente,
dejando a que se esfume ese clamor,
que derrama la fuente de su amor
engendrando agua viva en su vertiente.

VIII

Basta creer al Hijo redentor
y que estamos unidos en la cruz,
con un camino a la divina luz
inaugurado en la resurrección.

Quien siendo ofrenda de reparación
ha entrado en el santuario de lo eterno,
y dando un puesto al hombre en lo superno,
da vida por el santificador.

Si lo imita esa alma de la fe,
siguiéndolo en la senda de su amor,
si al creer en el Dispensador
ya se está unido a pertenecer
y ser un agua viva a renacer
en unidad de almas, y de Dios.

IX

Una voz elevada en un altar,
en un cuerpo que porta una presencia,
una sangre que ofrece su inocencia
y una cruz con un rezo que ofrendar.

Una espina que grita su pesar,
queriendo traspasar la descreencia,
y un clamor que infinita su potencia
diciendo que es la vida a despertar.

Es el Cristo clamando en alta voz,
buscando dar su amor eucaristía,
como fuente del Santificador.

Es torrente en el ama que confía
y sumerge su grito de agonía
para clamar en Dios su salvación.

X

Quien tenga sed que se llegue hasta mí,
y en mí, que beba de mi eterna fuente.
Que escuche este clamor del Dios viviente
y torrente ha de ser quien crea en mí.

Brotará el agua viva desde allí,
donde el alma concierte su simiente,
y permanezca anclada santamente
y afinque unida su raíz en mí.

Quien tenga sed que escuche mi clamor,
que es por él por quien clamo en alta voz.
Si lo escucha la herida agonizante,
o la piedra recibe ese temblor;
el alma que deambula cavilante,
¿no escuchará la voz de su Señor?

He hablado una vez

y no insistiré

(la vida)

Jb.*39(31)*

"DOS VECES

YA NADA AÑADIRÉ"

(la muerte)

I

Señor.

Unidad es la vida
con un principio en Ti,
y sin final en Ti,
luz de todos los fines.

Unidad es la vida
donde cada palabra
tiene un término en sí
y su infinito dice.

Si como esta palabra
es la vida en tu fuente
se genera de Ti
y de Ti permanece.

Cada instante, mi vida,
es un haber hablado,
que se ha dicho una vez
y otra vez no repite.

Si cada una es una
como única voz,
la unidad la hace fiel,
y cada vez completa.

Un día, en que me iré,
al último después,
será que, en cuanto dije,
en nada insistiré.

Habrá sido cumplida
la unidad en su fin,
y allí recibiré
a tu vocablo nuevo.

La voz que dice entero
un santo acontecer,
a la luz de tu gracia
y en cada eterno fin.

II

Pesar y angustia es vida
que repite su ciclo,
más allá del prodigio anudando los tiempos.
Agobiada conciencia
que repite sus fines,
sin hallar un final en el tiempo enlazado.

Agonía del signo
que perdió su presencia
en la presencia ignota que quiere rescatar.
Hartazgo repoblado
de ingentes caminantes
que buscando su origen todo es recomenzar.

Silueta del reflejo
que tanto reincidir
no consigue un entero para un fin completar.
La máscara fijada
en el rostro sediento
que tiende a ser la piedra con su fijo rigor.

Quiera Dios que ese rostro
pueda emitir su voz
diciendo su palabra del auxilio perfecto.
Gimiendo en su latido
y como pertenencia
diga pleno un "Dios mío" liberador y puro.

III

Señor.
Cuando te he seguido,
y he servido a tu gracia;
siendo puente de bien
para tu bien, que es vida.

En ese bien, nacido
de tu fuente de amor,
donde tuyo es el bien
y mío es el servicio.

Allí fue la palabra
que ha dejado su luz,
en la luz de tu cielo
de las almas de Dios.

Tu sabes que he hablado
cuando he servido al bien,
que con otro destino
la palabra oscurece.

Si cuando Tú has hablado
allí he hablado yo,
donde mi voz resuena
para tu Voluntad.

Y vaya el acto eterno
que se dice una vez,
perdurando tan vivo
como anidó en tu vida.

Sin poder repetir
porque se dice siempre,
cuando en luz se eterniza
la vida hecha palabra.

IV

Habré hablado una vez,
habré dicho un vocablo
de la niñez de vida
que balbucea vida.

Poco a poco progresa
el consuelo, el afecto,
la conciencia y el tino,
que ensaya su virtud.

Hasta llegar al punto
de la virtud final,
que busca despojarse
del tiempo que la oprime.

Opresión necesaria
que moldea su forma,
hasta ser la palabra
que se vive perfecta.

El capullo del tiempo
con su espacio acotado
busca abrirse a la luz
del espíritu libre.

Y habrá sido palabra
la que dijo esa alma,
construida en virtud
de completa, la vida.

Para esa palabra
la voz la puso Dios,
del crecimiento digno
cumpliendo su niñez.

V

Fue tan solo una vez
que se dijo mi error,
e iniciado el desvío
venció mi aberración.

Y fueron muchos actos
que mancharon mi alma,
con tanta iniquidad
como alcanzara el acto.

El llanto no llegó
sino, cuando la herida
fuera llaga punzante
derramando su angustia.

Desconcierta el olvido,
que en la culpa confunde;
error incomprendido
con error personal.

Con la herida dormida
y la espina habituada,
una sombra de esperas
aguarda en la ilusión.

Pero inútil silencio
se fuerza en la inocencia,
en la amarga conciencia
de no hallar un perdón.

Porque aún sin saber
que tan solo una vez
fuera aciago el error,
nada pueda borrarlo.

Aquí, el crucificado
se hace encontrar del alma,
y vea que su herida
también está en la cruz.

Y el buen Dios, ya de antes,
tenía un puesto en guardia
cuando viniera el alma
a llorar su dolor.

Para verse a los ojos
y rehaciendo el perdón
el acto fuera sano
en el justo Señor.

VI

No volveré a decir
cuanto dijo mi vida,
más allá de los lindes
de lo que fue dictado.

Ni volveré a sentir
el prudente calor
que vio la sugerencia
vivida cada día.

Ni podré obedecer,
ni tampoco negarme,
ni susurrar intentos
de horas sucedidas.

No podré retener
cuanto diera el encanto
del devenir precioso
del tiempo regalado.

No podré ya volver
a despertar al ciclo,
como un día tras otro,
siempre de un mismo pan.

Si ya lejos la sangre
en un mundo de luz,
de la luz de los cielos
que la sangre salvó.

Nada podré añadir
cuando frente al Señor
le diga con mi vida
lo que mi vida fue.

Ni agregar, ni quitar,
ni perder, ni ganar,
del espíritu inmóvil
que concluyó los tiempos.

En el exacto juicio
que digan mis acciones
presume la respuesta
en la verdad eterna.

Y diga Dios sus grados
en la misericordia
deseando la vigilia
de su amor en los cielos.

VII

En medio de la vida,
buscando, que de Dios,
hallar su voluntad
para abrazarme a ella,
seré la puerta estrecha
de toda alternativa
que no sea el querer
de la Palabra eterna.

Sin querer añadir
más allá de lo justo
sino aquella palabra
que mencione lo eterno
sujetando la insidia,
contra la comprensión,
aprisionando el odio
contra el bien diligente.

Cercenar lo ficticio
para privar lo falso
que desvía ilusorio
el afecto inestable.
Como abrazar el canto
de la bondad alegre
que anima junto al alma
las almas del camino.

Para centrar el solo
que solo Dios sustenta,
que no pide añadir
en su fiel comunión,
pediré a nuestro Dios
su sola voluntad
y su ayuda perfecta
que nos da cuanto damos.

VIII

El asombroso juicio
que va instruyendo al alma
en cada selección
que vive en cada instante,
del esquivo desvío
o el afianzado acierto,
cada vez que se vive
el uno y solo instante.

El juicio inevitado
que construye la vida
admitiendo la falta,
soportando el sobrante;
como alertando al bueno
y pacientando al malo,
en el prójimo manso,
y en el desobediente.

El juicio que despierta
con cada parpadeo,
que, aunque no tiene igual,
tiene un volver a darse,
reparando su juicio
en el juicio sufriente,
que quiere arrepentirse
del juego de maldad.

Un juicio se reserva
para el único instante
en que el ama compruebe
que lo hecho, hecho está,
se vivió lo vivido,
ya cesó lo pasado
fenecido en ausencia.

El juicio mesurado
de frente al Dios eterno
es juicio culminado
que clausuró el mañana,
pues lo hizo el ayer
con un juicio viviendo;
con la verdad al frente
que da Dios verdadero.

Frente a Dios, en su cielo,
el juicio se ha vivido,
como ya concluido
está el tiempo pasado.
Y mi juicio dirá
lo que dijo mi vida;
porque yo callaré
en lo que ya está dicho.

Sobre el blanco silencio
que completa mi alma
será el juicio de Dios
el que hable por Dios.
Cuando Dios todo ha dicho
al dar todo en la vida,
dirá, en su voz postrera
su última bondad.

Y yo diré mi signo
sin decirme en el signo,
que sin decir palabra
mi palabra está toda.
Como todo está Dios
en su gracia completa
si a mí solo me resta
perdurarme en lo eterno.

IX

Cuando ya nada agregue
al ocluso pasaje
de toda la certeza
de la vida sin mundo,
sin ausencia y sin miedo,
de la luz solo luz,
del silencio en silencio,
la palabra en el habla
en la voz que resuena,
y la mirada plena
en todo plenitud
en plenitud de Dios,
ya nada añadiré
por el abstruso mal
ni cumpliré en el bien,
que vuelve hasta su gracia;
solo estaré de acuerdo
con nuestro Padre eterno,
que por Padre perfecto
me hace perfecto hijo;
y nada añadiré
al perfecto conjunto
de las dos voluntades
donde todo es completo.

———

Si ya no agregaré
de lo mío vivido,
lejos de haber cesado
la novedad gloriosa
del nuevo acontecer,
creado en lo inmediato
del inmediato don
que insufla el Creador,
será crecido el campo
de infinitud cuantiosa
de Dios, que siempre vive,
y en el siempre estaremos,
como ya comenzamos
a estar siempre en el siempre,
que prefigura el tono
de toda infinitud.
Pues allí partiremos
a meditar indemnes
por la misericordia
en corazón concorde,
que en infinito tiempo
podremos deshojar
la vida con su fruto
en el goce perpetuo.

X

¿ No es acaso gozoso
el gozar una vez
de aquel acontecer
que perdura presente
con presencia amorosa ?

¿ No es un bien valorado
la vida que no cambia
por estar siempre al lado
y de lado seguirnos
por todos los caminos ?

Aunque cambie su signo,
por la luz entornada,
y el viento espirituoso
le dibuje distancias
y espacios decorosos.

Aunque cada momento
la dulce novedad
destile latitudes
con un fino destello
de deslumbrada luz.

¿ No es igual de prudente
como tenue caricia
el saber que la vida
siempre ha de ser aliada
de nuestro convivir ?

¿ No es una astucia digna
saber que hay una vida
que nos comparte vida,
y está siempre viviente
con fruto provechoso ?

Porque en el mundo ingrato
abusamos en vida
de la vida en presencia,
que por su persistencia
parece no agotarse.

Pero en la gratitud
de compartir en Dios
cuanto Dios nos regala,
siempre estará la vida
en "El" que siempre vive.

III

Y salió

a buscar

a la oveja perdida

Lc.*15(4)*

"HE VENIDO A BUSCAR

LO QUE ESTABA

PERDIDO"

Lc.*19(10)*

I

Señor.
Tú vienes a redimir;
sales de tu cielo,
aunque el cielo está contigo
ya que el cielo eres Tú.

Vienes a Nazareth
y sales de Nazareth,
para la redención por tu Evangelio.

Vienes a la criatura
y si la criatura te recibe,
ella sale de sí,
enviada por Ti,
a buscar, en cada cosa de su vida,
la redención.

El alma fiel, te porta a Ti,
camina con tus pasos,
habla con tu voz,
siente con tu corazón.

Redime su día, bendiciendo.
Redime a la luz, con su testimonio,
redime a la noche con su oración.

Redime cada instante
en la cruz gloriosa.
Y en la vocación de vida,
donde, temiéndote a Ti, te busca a Ti,
debe indagar, debe pedir,
debe dar y darse, debe llamar,
debe luchar para pasar la puerta estrecha,
debe cuidar lo sagrado,
y sacralizar lo irredento.

Entonces Tú Señor,
realizas tu redención
por la humildad de tu criatura,
que no busca complacerse a sí misma,
sino que se afianza
en el amor mutuo.

Oh, cruz bendita, de la vida bendita,
seas venerada en la costosa gravedad
que la vida impone,
y en el goce certero de saber, que en Ti,
la criatura redime todo lo suyo.

II

Señor.
¡ Cuánta pena
en la pena irredenta,
si el alma, huyendo de Ti,
está lejos de Ti, sin Ti !

Pena de desorientación
del propio destino
y de los días sin vocación;
de no saber quién se es,
ni quién es el prójimo,
de no conocer el goce de la gracia,
ni haber sentido la bondad de Dios.

Pena de la conformidad
de buscar el complacimiento de sí mismo,
y de no saber el cómo complacerse.

Entregarse al mundo irredento
en un provecho inicuo por lo caduco,
en el difícil equilibrio
de la igualación cambiante.

Pero el Maestro bueno,
el Redentor de las gentes
nunca agota su paciencia,
ni descalifica el amor
o la bondad de su enseñanza;
pues insiste con o sin oportunidad
cuando llama, para que se abra,
cuando pide para que se dé,
cuando busca para inspirar los hallazgos.

Busca,
por todos los radios
concéntricos al propio centro, que es Él,
para dar su gracia redentora
al alma elegida en la vida del espíritu,
para constituir un centro, a su vez,
de irradiación redentora,
y así encontrar los caminos
en las huellas del espíritu,
que llevan a los destinos eternos.

III

Señor.
Tú eres el buen pastor
que buscas a la oveja perdida.

El alma ha de sentirse
perteneciente al aprisco del Señor,
es decir, sentirse hijo de Dios,
reconociendo a Dios como Padre
y dando a cada cosa
la pertenencia a la paternidad de Dios.

Alma-criatura.
Criatura-hijo de Dios.
Hijo de Dios-redimido.
Redimidos por la sangre del Cordero –
-Destinados a la Ciudad de Luz del cielo.

Pero antes de hallar al Cordero
el alma ha de sentirse oveja perdida.

Oveja separada,
desterrada de toda bendición,
ausente de la gracia,
echada del Paraíso,
y fuera de la luz.

Necesitada de que el Cordero la encuentre
y la rescate para hacerla volver al redil.

El Cordero es quien sale en su busca,
el Cordero se hace encontradizo,
en la certeza de ser reconocido,
en la seguridad de saber recibir su bondad,
en la alegría de la pureza del encuentro,
en la armonía de sentir la unión
entre criatura y Creador.

Señor.
Tú buscas a la oveja perdida,
con la inconfundible voz
de quien da la vida,
y de quien rescata la vida,
desde la perdición hasta la redención eterna.

IV

"Niéguese a sí mismo
tome su cruz, y sígame."

Salir de sí mismo
conociéndose a sí mismo.
Tomar la propia cruz
conociendo a la propia cruz.

Seguir al Señor
sabiendo quien es Él.

¡Cómo conseguir el saber de sí mismo,
dada la infinitud del ser!
Difícil tarea conocerse,
si no es recuerdo perfecto lo de ayer,
ni se da enigmático el hoy,
y se esconde el mañana.

Conocerse a sí mismo
para saber
cuánto se habrá de abandonar de sí.

Conocerse hasta saber
cual sea la cruz que se deba tomar.

Sabiendo que la cruz es la escala al cielo,
será cruz todo aquello
que marca mi destinación de vida,
mi vocación de servir al Espíritu,
y mi anhelo de alcanzar a Dios.

Conocerse a sí mismo,
hasta conseguir ver con claridad
cómo es familiar el Señor para reconocerlo,
en qué se deja seguir y cuánto imitarlo,
para seguirle, estando al lado.
Tomar la cruz,
implica que allí está la cruz
para ser tomada.
Basta con reconocerla, y asumirla.

No debo pues, cargarme a mí mismo,
sino a mi cruz,
según el designio del Espíritu.
No debo seguirme a mí mismo
para que, solo lo de Dios siga a Dios.
Es decir, yo como criatura avocada a Dios,
y la cruz de mi destino en Dios.
Primera tarea magistral del alma = la cruz.
Vendrá luego el regalo de cielo
que sigue al mandato = el reino eterno.

V

Señor,
el alma,
ni bien alterna con el mundo
se siente aludida,
se siente buscada
y ante el temor de ser encontrada
huye, como de un enemigo.

Sin poder distinguir el llamado amigo
selecciona y equivoca,
rechaza y duda.
O bien se abraza en atracción ilusoria.

Aún en la veracidad certera
confía más en la comprobación del fruto;
y allí, en el fruto corroborado en bondad
siente encontrar su pertenencia,
es decir, que pertenece
a un rebaño y a un Pastor.
La decepción, la desilusión,
el desengaño, con su fruto amargo,
no hacen más que instruir
sobre el saber buscar,
para ser hallada el alma,
por aquello mismo que busca.

Como una voz de profeta verdadero
la voz de Dios es inconfundible,
en la certeza del fruto
y en la simpleza de la entrega sincera,
de la generosidad sin condicionamientos.

Donde todo se da con desinterés
hay una voz que dice = *"Estoy aquí".*

Donde hay un esfuerzo para el bien
hasta dar la sangre
hay una presencia que dice =
"hasta ti he llegado".

Donde hay un dolor, o un despojo,
que no reclama,
pero en su silencio llama,
hay una fuerza que dice =
"Ahora debes venir a Mí."

VI

A conciencia clara,
Señor,
partimos estando perdidos.
Siempre en Ti,
pero lejos de Ti.
Quebrados en la pureza,
y reconstituidos en el bautismo.
Sujetos a las tendencias de desvío,
pero pudiendo clamar por tu auxilio.

No es que nos hemos perdido
estando plenos en Ti,
sino que heredamos el quebranto.

No importa ya
que haya habido un perdulario ayer,
sino que tal perdulario
querrá impedir hoy
que nos dejemos encontrar por Ti.

Tú vienes a nuestro encuentro,
y debido a la grandeza de tu amor,
vienes incondicional a nosotros
a rescatar nuestras almas,
para que cada paso, cada día,

sea dado hacia tu Espíritu,
con la fuerza de tu gracia,
en la luz de tu verdad.

La única condición que requieres
es querer recibirte, querer seguirte
y querer amarte,
lo cual se consigue
respondiendo a tu venida
con nuestra aceptación,
aceptar seguirte conociendo
y con recibir tu amor basta para amarte,
porque implica amar todo lo tuyo,
y entender que Tú
no quieres lo que nos daña,
nos pides lo que nos engrandece,
nos regalas lo que ni sueñan nuestro anhelos,
y guardas para el final de la senda
el obsequio tan infinito y grandioso
como no existe otro,
tenerte a Ti en plenitud,
que es tener la vida toda,
la luz toda,
el goce de todo en todos.

VII

Señor.
El hombre ha perdido a Dios,
y sin Dios,
el hombre pierde su origen y su destino.

Mas, como Dios no ha perdido al hombre
el hombre cuenta con Dios,
aunque el hombre se haya ido;
y el hombre haga lo de Dios
no según Dios, sino según el hombre.

El hombre, pues, va perdido en sí mismo,
perdido en su sí mismo, se ha individuado
saliéndose de la trama amorosa
que lo asocia al amor de Dios;
por tanto ha vulnerado a la gracia.

Por sí solo, el hombre no sabe ni puede
reponer la trama del tejido perfecto,
necesita de Dios para que vuelva a unir,
que venga para enlazar en el lazo divino,
que es el único que puede dar al lazo
fuerza divina,
de esencia infinita y vida perpetua,
como lo era en su origen.

El hombre, que no ve a Dios en sí mismo,
ya perdido se ve solo a sí mismo.

Dice Jesús:
"los puros de corazón verán a Dios".
Por tanto el hombre purifica
retirándose de su sí mismo.
Él se irá, y su sí mismo seguirá siendo.
Cuando sin él, su sí mismo fuera traslúcido
podrá entonces contener a Dios,
y allí lo verá,
en la pureza de su propio corazón.

Quítese el hombre amando y llamando a Dios;
y Dios, que ya ha venido
en todo cuanto no ha quitado
de su criatura amada,
hasta consentir su rechazo,
vendrá como Pastor sublime,
a alimentar para fortalecer,
a apacentar para dar sosiego,
a reconstruir para reivindicar,
a redimir, para dar todo camino de esperanza
al regreso bendito,
a la fuerza divina de vida eterna,
que vivirá en la criatura santa
para el siempre jamás del siglo futuro.

VIII

aquí llegué

El hombre ha perdido
en su interior y en su exterior.

En su interior
perdió la hondura
de su interior infinito,
interferido por la sombra de su conciencia.

En su interior perdió el amor,
abismado en la ceguera perpetua.
Sin amor le ha quedado una esperanza fallida
y una fe sin horizonte.
Así perdió su fuerza espiritual.
Sin amor de Dios
el amor humano camina por la mortalidad,
y enfrenta la competencia
de la conveniencia difusa.

En su exterior
ha perdido su cuerpo,
que suspendido todo equilibrio armónico
ya no hay acuerdo entre alma y cuerpo.

En tanto el cuerpo goza,
olvida su alma,
y el alma desvanece.
Si el cuerpo padece, y descree de lo material,
el alma adquiere un resuello,
que la vuelve más esperanzada
de lo espiritual.

En su exterior
el hombre ha perdido a la naturaleza,
que de haber sido donada por Dios,
para que el hombre fuese señor de ella,
y la condujese siempre hacia un alto señorío,
debe, después de la caída,
superar el temor de todo lo amenazante,
con esfuerzo debe equilibrar lo incierto,
y está sujeto a confundir toda imagen
entre belleza y decadencia,
en la pena de no poder expresar en plenitud,
su sinceridad y su amor,
en la incertidumbre de la aceptación.

Por eso el hombre
que ha perdido algo o mucho de sí,
en su interior y en su exterior,
al carecer de una noción acertada
de la dimensión de lo perdido,
también está falto de comprender
la medida de cuánto es él y cuánto posee.

El hombre cristificado,
es decir,
el hombre que imitando a Cristo
va recibiendo de Cristo
la imagen de hijo de Dios,
(adoptivo pero real y divinizado),
en el Hijo de Dios
va recuperando y redimiendo
lo que estaba perdido.
Porque, el Cristo humanado
vino a redimir lo perdido.

IX

Señor.
El hombre
ha perdido la luz.

El hombre ha sido expulsado
de aquel grandioso y glorioso regalo
en donde Dios lo había creado.
Allí recibe una severa objeción
del libro de la vida en Dios,
y de lo eterno espiritual de Dios.

Pierde la visión plena de Dios,
pues lo percibe en el miedo,
que es el primario escondite de la criatura,
y lo percibe desde el flagelo de su imperfección,
lo cual genera un impedimento
de permanencia en Dios.
El hombre no puede elevar sus ojos a Dios.

El hombre percibe
a un Dios escondido,
así el hombre pierde la luz(de Dios);
y en su lucha dentro de la materia
todo lo ve por reflejos.

Que el hombre tenga esa percepción
tan alejada de la luz divina
es gracia de Dios,
que muestra su amor y su piedad
en no haberse ido de su criatura.

El hombre percibe la luz del sol
en el mundo temporal,
por su reflexión en los cuerpos.
Percibe la luz de la inteligencia
en el viaje enigmático de las ideas,
por su reflexión en el devenir del acontecer.
Percibe la luz de lo eterno
en la sombría trama de lo temporal,
que en sus grados cambiantes,
transita siempre por un diferente enigma
y por el mismo punto de posición criatural.

El hombre no ha perdido a Dios,
sino, ha perdido la amistad con Dios.
No ha perdido la luz,
sino, en rigor, ha perdido la plenitud de la luz,
refugiado por el mismo Dios,
en la esperanza de la redención.

X

Salió el Señor,
sin salir de sí mismo,
salió a buscar.
La criatura irredenta
no puede salir de sí,
y no se posee a sí.

"Yo soy la puerta
quien entre por mí se salvará,
y podrá entrar y salir; y hallará pastos".

Jn.10-9

La criatura irredenta
no puede entrar en sí misma.

Señor tu sales de Ti, estando siempre en Ti.
La criatura redimida en Ti
podrá salir de sí misma
estando en Ti.

Sin Ti, Señor, todo se vacía.
Pero en Ti, todo se completa,
pues Tú eres la plenitud de lo ya creado
y la eternidad de lo infinito a crear.

Si la criatura nace de Ti,
de tu Mano y de tu Palabra creadora
la criatura plena en Ti,
es como Tú mismo en la criatura.

Si la criatura te acepta a Ti,
Tú serás en ella y ella en Ti.
Desde Ti, conocerá
las inmensidades de su plenitud,
y podrá aspirar
a las infinitudes de sus anhelos.
Siendo Tú lo eterno de todo infinito,
y la fuente de toda presencia.

Pretender la gracia divina de tu comunión
supone quitar del alma
lo caduco, lo caído, lo perdido.

Aunque a la criatura le cueste
dejar entrar a Dios en sí,
esa comunión es punto de partida
y anuncio de todo destello de vida,
con la cual podrá aspirar
a darse plena en la piedad
y salir de sí para el bien;
como gozar de Dios en sus perennidades,
y de las almas semejantes en comunión.

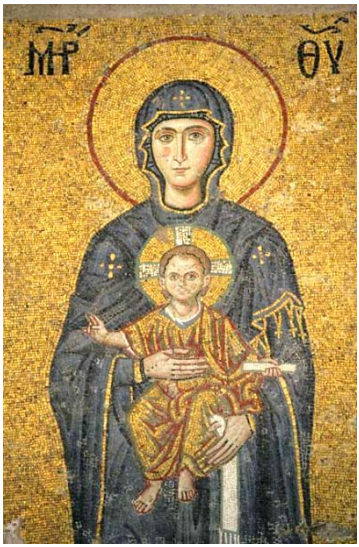
IV

Alzada está tu mano,

Señor,

pero no la miran.

Is.*26(11)*



I

Está alzada tu mano,
Señor de lo creado,
que todo señorea
en señoril cuidado.
Tan dueño de lo dado
y dueño en lo quitado,
que por dueño promete
en amor seguir dando.

Está alzada tu mano
en la digna noticia
de saberse anunciado
en un Verbo que anuncia.
Anuncia esa palabra
que es única y eterna,
infinita y primera
como un sello de fuego.

Alzada está tu mano
llamando a recibir
la palabra triunfante
que cubre todo anhelo.
Diciendo esa palabra
que suena sin decirse,
rompiendo los enigmas
que no saben buscar.

Alégrense. Alégrense.
Resuena en esa mano
que implora y que bendice,
rememora y anuncia,
perpetúa y comienza,
recibe y atesora
en la fuerte potencia
de ya nunca fallar.

Se escucha un "alegraos"
en la digna paciencia
que ama con amor
tan seguro y tan pleno.
Asegura ya dada
la luz de redención.
Anuncia Trinidad
en el Uno bendito.

Alzada está la mano
de espléndido Dador.
Una mano en la altura
la otra al corazón;
diciendo un "alegraos",
que aquí ya está segura
la victoria del alma
que se abraza a su Dios.

Pero nadie la mira
hasta el día perplejo
del misterio que grita
subido en una cruz.
Y pueda ver el alma,
en su Dios a un maestro,
en ese Dios a un Padre
que en luz la santifica.

II

Dios de la vida.
Alza su mano
para alzar la vida.
Alza su mano
para sostener la vida;
dar la vida y seguir dándola.
Eternizar la vida
dando la perpetua presencia
en la mano hacedora,
la mano redentora, santificadora.

Dios alza la vida
desde el corazón del brote
hasta los pies de la Majestad sublime
de la luz perenne.

Por delante la gloria.
Por detrás la gloria.
Interiormente la gloria.

Nuestros ojos ven la imagen inmóvil,
ven lo inconmovible
de la voluntad divina
en dar la vida, sostener y elevar la vida.
Nuestro sentir recibe lo inmutable
de la voluntad de Dios en amar.
Anunciando lo luminoso de su regalo.

Dios Padre alza su mano
para crear lo que nunca haya existido.
Dios Hijo alza su mano
como Hijo de hombre
señalando el camino de eternidad
que vuelve a Dios, por el vientre espiritual
desde donde Él viene a rescatar:
la Madre de todos
la inmaculada, la puerta,
la que está en medio sin obstruir en nada,
la purísima de donde surge la pureza:
Jesús, por quien se vuelve a la pureza.
Dios Espíritu Santo alza su mano,
en la voz de Dios
que santifica, instruye y ama,
para que el alma
alcance la plenitud en Dios.

Alzada está la mano del Señor,
y pocos la miran,
pero quien la mira, ve,
al ver comprende, al comprender abraza
y emprende el camino
guiado por la luz de la mano de Dios.

III

En tu mano, Señor,
habita nuestra vida.
Si en nosotros recibimos tu Espíritu,
nuestro ser haría el viaje
que propone tu mano elevada,
tu cielo bendito.

Nuestro ser concebirá
según el trono de pureza
donde Tú te asientas,
María santísima
Hijo en el Padre,
Madre en el Hijo,
Esposa en el Santo Espíritu,
para las almas todas
que serán uno en el Hijo.

No cederá tu mano Señor,
en cimentar nuestra fe,
en sostener nuestra esperanza,
en saber dar de tu amor.

Nuestro corazón desfallece en la lucha;
pues desdibuja nuestra fe
si no miramos tu mano
como guía de nuestra tiniebla,
desorienta nuestra esperanza
si no nos aferramos a tu mano,
para emprender la meta de lo eterno,
y oscurece nuestro amor,
que no ama como Tú amas,
no se entrega como Tú te entregas,
no vive de la Voluntad del Padre
como Tú vives.

Contemplando tu mano bendita
vamos siendo llevados
en la preciosa voluntad de tu amor,
todo lo miraremos
desde el trono de la gracia que es bondad,
desde el trono de la pureza
que es fructífera,
y desde el trono del amor,
que es humildad fértil
de tu Santo Espíritu.

IV

El hombre
suele alzar su mano
para la vanagloria;
y elevar su estatura
por sobre la equidad de sus hermanos.

Suele alzar su mano
para sojuzgar,
sobre la ficción de un poder mayor,
y humillar, a quien debiera reunir,
desplazar, a quien debiera dar de corazón,
acallar, con quien debiera compartir.

Pues, para el hombre
conquistar la equidad
debe mirar la mano de Dios,
que se eleva para amar más,
para estar tan dispuesto
a dar de su vida divina,
a favor de su criatura amada.

No se trata
de que el hombre baje su mano,
ni que deba admitir ser invadido
por la exacerbación en el mal.
Sino que, el hombre
debe elevar su mano en Dios.

Si el Hijo del hombre,
el Dios humanado,
alza su mano como Dios,
también alza su mano como hombre.

Si el hombre
alza su mano en Cristo,
es que alza su caridad
para enaltecimiento de toda vida.

Alza su mano para decir
"yo doy mi vida libremente,
nadie me la quita".
En Dios se adquiere el poder
para dar la vida en bien.
En Dios se recibe el poder
de recuperar la vida en redención.

Dios alza su mano en gracia,
para que el hombre alce su mano
en entrega sincera
y donación bendita.

V

"La semilla crece
sin que el hombre sepa cómo". ***Mc.4-27***

Si el crecimiento que eleva
solo viene de Dios.

Si la vasija continente
es la criatura,
y el contenido de vida
es el Creador.

Si la criatura es semilla
el mismo hombre-criatura
crece:
en sí mismo
por sí mismo
desde sí mismo,
pero el crecimiento
viene del núcleo innato criatural
desde la misma mano de Dios.

Tu mano, Señor,
es mano que eleva
desde el origen de tu altura
hasta la altura de tus fines.

La criatura creada en tu altura,
anhela llegar a tu perfecta altura.
Desde la altura
de tu Voluntad sublime,
hasta la cumbre de tu amor eterno.

El hombre no sabe cómo crece la semilla,
pero lo va sabiendo en el fruto.
No sabe hacia dónde
eleva la misma mano de Dios,
pero sabiendo que eleva hacia Dios,
sabe que eleva hacia lo eterno
de la vida perenne.

Esa fe superativa
cimenta su esperanza certera,
y asegura el amor divino
sostenido en la mano bendita de Dios.

VI

Para desviar en el error,
el hombre, primero deja de mirar
la mano de Dios.

Si cuando es fiel,
o sincero, auténtico o veraz,
tiene unidad en la mano de Dios,
y en toda lucha digna,
no se separa de la guía
que indica la mano
elevada en gracia del Señor,
para ingresar en el desvío perverso,
o admitir la sugestión vacía
de lo errático de lo sombrío,
debe desprenderse de la unión del alma
de la señal de Dios que alumbra
hacia lo excelso de sus designios.

El alma, para no mirar la mano de Dios
debe quitar su vista.
Deberá alejarse de Dios
habiendo estado cerca.

Deberá decírsele al alma:
"ya no miras la mano del Señor
como hasta aquí la has mirado.".

Si ver la mano divina
ha de ser asirse a la mano divina,
identificando ver con poseer,
ver con asumir, ver como amar.

¿Qué has buscado alma
fuera de la mano de Dios,
donde está el todo de la vida verdadera,
para tener que alejarte?

¿Qué plenitud has sentido
para que la equivocaras por hartura?

¿Qué iluminación has recibido
para que te enceguezca la ilusión?

¿Qué consuelo has tenido
para que te arriesgaras a lo inseguro?

Pues, el Señor seguirá
con su mano elevada
que aunque no se la mire,
aguarda paciente para que en su mano
se restablezca toda esperanza.

VII

El Hijo de Dios, el Cristo,
el que debía venir al mundo,
el anunciado por el Ángel
y esperado por los profetas,
el Hijo inmaculado,
de María inmaculada,
el Hijo amado del Padre,
ha venido al mundo.

Ha venido a salvar lo que estaba perdido,
a dar vida a lo que estaba muerto,
a regenerar lo desvirtuado.

Para ello baja
hasta el abismo profundo de la muerte,
baja tan bajo en su entrega amorosa
que en esto nadie podrá superarlo,
para salvar lo más bajo,
para levantar lo más caído,
para dar vida perpetua
a lo más sumido de la muerte.

La ofrenda de su sacrificio voluntario
lo sepulta en la profunda fosa
donde ha caído su criatura,
porque solo su mano divina
podrá levantar lo que estaba caído.

Subyace en su Humanidad
la plenitud de la divinidad,
y sólo Él puede dar la vida y volverla a tomar.
Lo da como hombre
en el sublime amor de su ofrenda,
y la toma como Dios,
en la insuperable gloria de la redención.

Allí, la mano de Dios
podrá ser evitada por el hombre de la caída,
pero ha de ser mirada
por el hombre de la redención.

Ha de ser menoscabada
por el hombre de la condena,
pero ha de ser valorada
por el hombre de la salvación.

Ha de ser humillada por el hombre del odio
pero ha de ser estimada
por el hombre del amor.
Y todo en la misma alma
que convierte la bajeza de la caída
en sublimidad de comunión en Dios.

VIII

Señor,
Tú levantas tu mano
desde el trono de tu Majestad,
desde tu trono de la caridad.

Si estás en el regazo de tu Madre
te asientas en toda generación de pureza,
indicando una puerta al cielo,
y un llamado hacia el amor.

Si estás en el trono supremo de los cielos,
como alimento creador-criador,
de todo lo creado.

Si estás en el trono sublime del Espíritu
indicas en tu mano
la guía de luz de todo camino
que conduce al seno de tu Espíritu eterno.

Todo lo de tu creación
ha de pasar por tu mano,
si salido de tu mano
a tu mano regresa.

Todo lo del hombre
depende de tu mano.
El bien, sigue conducido
hacia el fin perfecto que lo guía.
El mal pasado por tu mano,
en su fuente de dolor,
va un signo de reparación,
y de rectificación de lo erróneo del hombre.

Si el hombre no te elige a Ti,
soltado de tu mano
no se hace digno de ser elevado,
hasta la majestad de tu trono.

Si tu criatura
te contempla a Ti
en la majestad de tu trono,
y en tal contemplación te sigue,
ya no temerá,
ni que se pierda el bien,
ni que el mal derrote las intenciones
que tengan como fin
reconocer la omnipotencia de tu amor.

IX

Señor,
si Tú eres el excelso,
¿porqué has de levantar tu mano?,
si todo Tú eres vida, trascendencia,
altura, camino , infinitud y eternidad.

Pues, elevas tu mano desde el hombre,
desde el corazón postrado en la miseria,
que sin Ti nunca podrá aspirar
a nada de lo alto.

Te hiciste hombre, Señor,
para incorporar lo puro del hombre,
y desde tu puro Corazón
alzarlo hacia Ti.

No alzas tu mano por Ti,
sino por mí.
Por mi dolor que duele en tu amor.
Por mi bajeza que debe aspirar a tu altura.
Por mi miseria que anhela tu misericordia.
Por mi ceguera que ansía tu Luz.
Por mi ser perdido
que quiere ser hallado por tu llamado.

Señor,
desde tu excelsitud Tú bajas
y sales al encuentro de la oveja perdida.

Llegas como señal de esperanza
para entender que Tú lo elevas todo.
Alzada hacia Ti, toda la Creación,
levantará su aspiración hacia Ti.

El hombre levantará su cabeza
hacia donde señala tu mano,
querrá llegar al trono
donde descansa tu virtud,
y como Tú has renacido
desde la santidad de tu Madre,
podrá el alma sentir un sitio en Ti,
en la Madre bendita que cobija a todos.

Y sabida tu inmutable constancia
inspirará al alma
que constante,
pueda subir al trono de la gracia
cerca de la bendición
de tu mano en la altura divina.

X

Señor
si el hombre mira
lo que hace su propia mano,
verá caer en el fenecimiento
toda su obra.

Si el hombre obra
mirando tu mano
verá conducir su vida
por el camino de la ley divina del amor,
por la verdad de lo auténtico
de la realidad perenne de la sabiduría,
y ganará la vida viviendo en Ti

¡Tantas veces el hombre
se niega a mirar tu mano
y se desentiende obrando por sí,
según su camino sombrío.
Pero Tú Señor, allí estás
como tu Padre en la gloria
sobre el trono de los Querubines,
estás hoy, como Hijo,
sentado en el trono de la gracia,
en el regazo de la pureza,
y como Espíritu Santo
en el trono del amor sacrosanto
de toda comunión de espíritu.

Y tu asiento es el trono estable
trono que indica unidad
y llamado de unión;
estabilidad que indica
profecía de alianza para volver a Ti,
anuncio de Evangelio
para aprender a estar contigo,
y revelación de amor
donde se iluminan todos los juicios
que se abrazan a tu misericordia.

Aunque el hombre
se niegue hoy a mirar tu mano,
Tú no te vas, no mudas tu don bendito,
ni apagas la luz de tu caridad.
Así el hombre siempre tiene un mañana,
una esperanza cierta
para que, alumbrándose su conciencia,
note su propia sombra
y advierta la luz que de Ti le llega.

Y viendo tu mano, ansíe en su corazón
unirse a Ti,
para la unidad pura y eterna
de todas las criaturas
que han de vivir la dicha de ser luz
en la grandiosa obra de tu gloria.

V

¿Porqué duermen?

levántense

y oren

Lc. *22 (46)*

I

Presa, el alma, que no conoce el sueño,
sufre al sentido por su dormición;
si se alborota de toda distracción,
arde hasta ser ceniza, como un leño.

Presa, el alma, de resplandor pequeño
pero inmensa de anhelo y devoción,
no pudiendo escapar de esa prisión
donde obstruye ese mundo del ensueño.

Si de dos que transitan el camino,
uno se irá y el otro quedará.
Con su sombra sin rostro callará
postrado en aquel sueño sin destino,
en el barro en que el hombre sobrevino.
Mientras el alma en Dios se elevará.

II

Duerme, cuanto se va para la muerte.
Duerme ya, si su tiempo es la prisión,
como duerma en su desaparición,
y sin memoria, duerma con lo inerte.

Duerme con aquel signo que no advierte
en la conciencia de la presunción,
en el anhelo de la pretensión
donde un mañana ausente desacierte.

Duerme si no despierta hacia la vida,
y el Espíritu avive en lo despierto;
con esa luz que alumbra a cielo abierto,
que levante a esa alma sumergida
para que hable a Dios, que nada olvida,
así aspirar salir de su desierto.

III

Surge la sangre a luz de su existencia
desde la ensoñación de lo ignorado.
Providencia de lo infinito dado
que trajera un reflejo de la esencia.

De un sueño hasta otro sueño su presencia,
de no ser hasta ser en lo creado.
Desde el seno de Dios en lo ideado,
hasta el pulso que habita en su conciencia.

Un mundo llama a despertar la vida,
para darse, de Dios a un corazón,
hasta abrir el deseo y la intención.

Y ya, dentro del sueño se descuida
hasta donde la sangre da su herida,
que obliga a despertar de una ficción.

IV

Los tiempos en que duerme la conciencia,
por tiempos de sopor incomprendido,
conflictos y desvío del descuido,
vanidad egoísta con su urgencia.

Sangre furtiva de la descreencia
que se va hacia una muerte y un olvido;
ambiciones y afanes desmedidos,
que derrotan la fe con su indolencia.

Como duerme un dolor sin esperanza
en el sordo clamor de lo tardío,
duerme en la soledad de lo vacío
en un grave bullicio de tardanzas,
que girando en los pasos de la usanza
la conciencia se aplaca en lo sombrío.

V

No solo duerme el tiempo cuando muere,
que muere sin ensueño, en un jamás;
muere sin encontrar un más allá
sin nada, en su prisión, que lo libere.

Pero el tiempo no agobia a lo que muere
sino en tiempo de su mortalidad;
cuando vive muriendo con la edad,
y muestra que no estaba, en cuanto muere.

Duerme también la negación del bien,
duerme sin Dios la inerme vanidad,
y la codicia duerme en vacuidad.

El egoísmo duerme en su desdén
y en falsa complacencia poco ve,
en un sensual sopor de oscuridad.

VI

Hay un día en que se ha de levantar
el alma retenida en los humores.
Y nada existirá que la demore
al yugo que se acaba de librar.

Sabido es que ese día ha de llegar
sin comportar que la intención lo ignore,
si el ánimo que ría, o el que llore,
calle su indiferencia o su penar.

Hay un día en el fin de lo que huye,
que es al tiempo principio en lo que dura,
que sobre lo postrado se inaugura.

Fenecida en la muerte que destruye,
el alma, se levanta y re-construye
cuanto señala Dios en sus alturas.

VII

Antes de descansar de lo agitado
se puede despertar de lo dormido,
quebrando ese sopor de lo vencido,
quitando un velo en lo transfigurado.

Antes de irse en muerte aprisionado
todo fervor que cesa en lo perdido,
se puede despertar amanecido
en la luz que alumbrando es un llamado.

Alcanzaría solo una palabra
para que venga aquello que ella nombra,
con un ansia que cruza toda sombra.

Alcanzaría un grito que reabra
lo encerrado en un sueño sin palabra,
si en la palabra Dios, a Dios se nombra.

VIII

Por levantarse antes, en la vida,
elevados después en alma pura.
Levantarse por la buenaventura
de la cruz, en espíritu elegida.

Levantarse para decir la herida,
que donada en amor se bien augura,
al decir que la gracia nos perdura
en la oración por Cristo bendecida.

Levantarse en el hambre de justicia,
en pobreza de un manso corazón,
que se apiada con fuerza de perdón.

Levantarse quien llora la injusticia
y pacifica en sí toda malicia,
para orar donde Dios da de su amor.

IX

Alzarse del sopor para servir,
y en alerta, saber en cual servicio.
Si de la distracción viene perjuicio,
y de la confusión el sucumbir.

Elevado y dispuesto a construir
el pan viviente de casto beneficio,
que alumbra cada alma su edificio
vaya su voz de alerta en el vivir.

Levantarse y hablar con lo de Dios,
con Jesucristo en cruz, por quien repara,
y quien guía en Espíritu, y ampara.

Hablar con quien comprende nuestra voz,
en la voz que da vida desde Dios
que vive en luz despierta, y todo aclara.

X

Elevándose, recen tan unidos,
hasta tener en Dios la adoración.
Y no desciendan en la devoción,
para sí mismos y en el mal, caídos.

Alzándose por sobre lo vencido
más eleva lo cierto del perdón;
por encima de toda presunción,
y en el llano las voces del pedido.

Y no sean del mundo seducidos
obedeciendo al sueño en confusión,
en sombra adormecida de ficción.

Desde Dios acompañen lo sufrido,
y desde Dios conquisten la misión
de amar lo santo de lo redimido.

VI

Me confinaste a las tinieblas,

al lugar

de los muertos ya olvidados.

Lc. *22 (46)*

I

La gracia de Dios,
en Dios se glorifica;
en el mal
se vuelve ira para el hombre.

Si Dios dice:
"ustedes pecan con todo lo mío";
el pecado convierte en ira malvada
lo que fue dado para glorificar.

En su bondad omnipotente,
Dios no quita lo que ha dado,
solo si el hombre lo pierde,
que así volverá a Dios.

Allí, donde se esperaba
que el hombre fructificase
queda vacío, aunque simule con la ficción.

Destinado está a la luz,
pero si por el desprecio de Dios,
que es el pecado,
queda confinado a tinieblas
y al mutismo de un sepulcro,
aunque un palabrerío simule aclarar.

Todo lo del hombre
es como una vasija
que busca encontrarse con su contenido.

Todo contenido lo da Dios
ya que de Dios procede todo bien.
Del mal nada procede,
ni puede apropiarse de nada de Dios.
Pues el mal es vacío, y ausencia perpetua.

La materia, que ha dado Dios,
cumple su ciclo hasta sus fines;
cumplido el último final
se vuelve desintegración
en caducidad de su servicio.

Si el hombre sin Dios,
se refugia en la materia,
llegará a lo caduco,
y un día, sin materia,
su alma se verá oprimida en vacío.

Irá allí, donde ya se había puesto,
al lugar de los muertos ya olvidados.

María del Rosario de S. Nicolás o.p.n.

II

El Hijo del Hombre, Jesús,
dice en boca del profeta Jeremías,
"me confinaste a las tinieblas",
cuando asumiendo la humanidad
es verdadero hombre,
y asumiendo la redención
carga el pecado del mundo,
y por voluntad de amor
se hace "verdadero" pecador,
(se hace maldición).

Por lo cual, la gracia divina,
que es Él mismo,
se ve transmigrada en ira,
y confinada a las tinieblas,
allí, donde los muertos ya se han sumido
al olvido de todos los fines,
y a la ausencia de todas las realidades.

Aquí, la muerte
no es precisamente
la santa muerte de Cristo,
sino la muerte
en la que estaba derrotado el hombre

Aquella muerte de Adán,
("si comen de este fruto morirán"),
que Dios, en su bondad,
transformó en desobediencia,
mas una desobediencia mortal.

Así, toda la prole de Adán
hereda esta desobediencia
como pecado mortal.

No pudiendo luego el hombre
transformarlo en obediencia,
pues estando en lo mortal,
perdió lo eterno,
y ya nada en él será de lo eterno.

Solo en Jesús hombre residiendo lo eterno
como inmaculado eterno,
puede reparar desde la obediencia;
y habiendo reparado en cruz
resurge a resurrección
desde su divinidad.

Presentando la ofrenda del obediente
el hombre aspira a la santa muerte en Dios.

III

Ya estamos en el olvido,
en la indiferencia, en el desprecio,
arrojados a fundirnos en la ausencia.

Partimos de un punto temporal,
temporalmente en el ciclo definitorio.

Estando en el olvido de todo,
excepto del olvido de Dios.
Prontos a ser contados en los muertos,
del olvido perpetuo,
somos conducidos a la muerte de Cristo;
camino nuevo, abierto por el inmaculado,
sostenido por el Dios-humanado,
afianzado por el Dios-Hombre resucitado.

Del hombre es el olvido,
de Dios la presencia.

Del hombre es la muerte olvidada,
de Dios es la muerte santificada.

Del hombre es el mal irredento,
de Dios es el bien regenerador.

Del hombre es el pan del dolor,
de Dios es el pan de la ofrenda.
Ya estamos en el confinamiento.
Puestos en un fin extremo,
como aprisionamiento
que conforma unidad terminal,
pero unidad como sujeción irremisible.

Atados a un fin,
constante por lo irreversible de lo resuelto,
e inmersos en la tiniebla,
en ausencia de toda luz,
y sin recurso de aclaramientos.

Si la Creación recibe de la gracia de Dios,
el hombre confinado en la tiniebla,
recibe el auxilio de Dios,
y así tener para subsistir y reparar
hacia la salvación en Dios.

Dios viene. el Ángel viene.
La Madre de Dios, viene. La gracia viene.
La luz viene. La promesa de Dios, viene.
La enseñanza profética viene.
La revelación del plan de Dios, viene.

El hombre está. El mal está.
La sangre está. La decrepitud está.

La muerte se lleva todo cuanto está.
La oscuridad está. El odio está.
El miedo está. la ignorancia está.
El olvido se lleva todo cuanto fue.
La memoria retiene y no reconoce a la verdad.

De Dios viene la gracia
y el hombre no puede retener la gracia
sino solo, desde Dios.

Del cielo de Dios viene el Ángel,
y el hombre no puede seguir al ángel
sino, solo, en obediencia a Dios.

Desde el amor de Dios
viene la Madre de Dios,
y el hombre no puede tomar su ejemplo
sino, solo, en deseo de Dios.

El hombre por sí mismo
podrá salir de la tiniebla
en la que se ha confinado,
sino y solo subiendo
al árbol de la cruz de Cristo,
que le traza todas las vías,
para que saliendo de donde está,
no caiga para siempre en aquel lugar,
de los muertos ya olvidados.

IV

Alma,
te has olvidado de Dios,
tal vez nunca lo tuviste,
o un día lo has desechado
e hiciste tus hábitos sin Él.

Si Dios te ha creado,
y saliste de la mano de Dios,
pues, una vez Él te tuvo en su mano,
y tú compartiste con Él.

Entonces, ¿no lo recuerdas?
o no has querido nunca recordarlo...?

Pues allí está Dios, sosteniendo tu vida,
que da siempre sin pedir,
sino solo que lo recuerdes para amarlo.

Tú, alma, en tu olvido concierta culpa,
te has habituado a tu propia tiniebla,
te has habituado a lo vacilante de tu error,
te has habituado a tu ignorancia consentida.

Allí tienes a Dios,
confinado en tu propia tiniebla,
relegado a la vacilación de tu confusión,
y conducido en lo que tu intención ignora.

Alma, si luchas por vivir,
no descuides la calidad de tu elección,
que si eliges vivir para el mundo,
eliges vivir para lo muerto;
y terminas defendiendo
derechos y posesiones
en la mortalidad que te ha encerrado.

Allí tienes a Dios,
sepultado en el lugar de los muertos,
ausente con el tránsito de la materia,
hacia la desintegración sin tiempo,
retenido en todas tus agonías
que nunca triunfarán sobre lo ya muerto.

Aunque está aún,
en un mientras tanto,
para rescatar tu vida de la muerte,
que para ese fin te espera Dios,
humillado en Tú propia bajeza.

Estás en un "mientras tanto"
donde Dios espera en tu desamor,
para darte su amor eterno,
que en el eterno, dé valor a tu vida.

V

Señor, estás en un sagrario,
en el lugar sacramentado;
como estás en el alma de un bautizado;
como estás en toda alma
en sus diferentes grados de sacralización.

Allí estás; y estarás,
hasta que el alma te advierta,
y viéndote, te oiga y te siga,
te ame y te imite.

Si el alma no te sigue a Ti, ¿a quién sigue?,
¿a sí misma, o al maligno...?
Ambas dos orientaciones perversas,
volcadas contra el Espíritu de unidad.

Pues, si no tiene tu luz, tiene tinieblas,
y a tal tiniebla te relega.
Si el alma no hallará su propio camino
hasta que no emprenda en tu camino.

El alma pasa
frente a Tu sagrario sacramentado,
frente al Tabernáculo del altar
y con su indiferencia
muestra que te ha ubicado
en su propia tiniebla;

por su desdén muestra
que te ha arrojado fuera del alma,
aunque Tú permaneces
en la Majestad de tu Providencia
operando reparación santa,
con más dolor en tu llaga bendita.

Aunque el alma con su desprecio
ha matado el amor
que Tú pusiste en el corazón.

En sus diferentes grados de sacralidad,
lo mismo sucede en toda alma,
que muestra su abandono
en no querer oír tu palabra,
en despreciar a tus servidores,
en alejarse de tu gracia,
y abrazarse a su egoísmo,
y a la maldad de lo erróneo.
Allí donde se puso el alma
a Ti te ha llevado,
y en tu cruz pesa y sangra su indiferencia
habiéndote arrojado a la propia tiniebla.

(¿Has considerado alma
que el mismo Señor,
al admitirlo por respetarte,
es Quien te "da" esa misma tiniebla?)

VI

Señor,
Tu Voluntad es el alimento del alma.
En Tu Voluntad va la gracia de la vida.
En Tu Voluntad de amor
va la destinación
de la vocación de la vida.

Sin la voluntad de Tu gracia
la vida no vive,
sino que va desnutrida.
Si sigue el alma, y se empeña
en desprenderse de Tu Voluntad
pues, llegará a la muerte.

Y poco advierte tal muerte
si la vida del cuerpo
sigue cumpliendo su ciclo.

Pero lo va advirtiendo
en tanto su lejanía
de las cosas de Dios,
hasta formarse en esta alma
la deformidad del enemigo, y la debilidad
de la impotencia vacía de la muerte.

Tú Señor, Creador y Alimentador del alma,
ocupas el centro de cada criatura,
y desde ese centro Tu Voluntad
es dar la vida, de Tu Vida, en amorosa unión,
y en cumplimiento insoslayable,
no siendo solo cumplimiento
sino participación de Tu Ser, eterno, infinito,
impasible y feliz, sabio y dador,
en Tu Voluntad de unidad eterna.

Oh!, alma, negando la Voluntad de Dios
te confinas a ti misma a la tiniebla.
Cuando aún, la tiniebla,
no la consigues por ti misma,
sino que, al vacío de la ausencia de la gracia,
la criatura queda en su ser eterno
pero sin vida del amor dador de Dios.
Por lo cual vivirá su propia muerte.

Ocupará el lugar de los muertos ya olvidados,
nunca olvidado por sí misma,
que deberá padecer el vacío
de su propia muerte.
El dolor de la vida actual, actuante,
es señal de alerta de la vecindad de la caída.
Alma, abrázate a las llagas de Cristo
y toda herida será sanada
y toda ausencia reparada.

VII

Alma,
eres como Dios;
donde la semejanza te asemeja,
la gracia te iguala
en contenido espiritual,
la luz de Dios hace que alumbres,
el amor de Dios
hace que ames como Dios.

Alma,
eres según Dios.
En tanto Dios hace nuevas todas las cosas,
tú permaneces, siendo siempre nueva.
En tanto Dios lleva la vida a lo infinito
de cada proyecto en la perfección,
tú recreas desde lo creado,
creaturas, que si bien,
no añaden a Dios, engrandecen.

Alma,
eres desde Dios hasta Dios.
Dios da de tal modo
que cuanto da sea en verdad, tuyo.
Tú pides a Dios, en la certeza
que Él siempre querrá dártelo.

Así, Dios todo te da y nada te niega.
Alma, ¿porqué crees que puedas
reemplazar a este Dador?...
que puedas sustituir a este Innovador?...
que puedas prescindir
de este Fundamentador ... ?;
cuando el todo del Todo
se ha alimentado de esta Divina Fuente.
Aún, la antigua grandeza del maligno,
caído desde su propia grandeza,
tiene esta fuente, no siendo ya más,
ni fuente, ni ser, ni esencia.

Alma,
lo que obtengas de otra "fuente"
que no sea el Dador, o por indirecta fuente
de una criatura hermana,
aquello será del vacío del "no ser",
de lo insustancial sin esencia
y de lo caduco de lo muerto.
Es decir, no es fuente sino tiniebla confinada
al árido fin de no tener fines,
muerte arrumbada en su angostura
de no poder desaparecer,
olvido, que no pueda recordar
a la verdad en su luz,
y no pueda olvidar, de su propio pasado,
ni el desdén, ni el odio
que nunca podrán alimentar nada.

VIII

"El Señor es mi Pastor".
El Pastor de las ovejas,
es quien da la vida por sus ovejas;
es quien rescata a la oveja perdida.
Si la oveja ha llegado a perderse
al confín más alejado,
y ha descendido
hasta la bajeza más oprobiosa,
hasta allí irá el Pastor divino.

La virtud en gracia divina
está en que tal Pastor divino
ha ido aún más lejos que el confín,
y más abajo que toda aberración.
Tan abajo ha ido el Pastor santo
que en esto nadie podrá superarlo.

Pues, ha sido humillado
como nadie jamás podrá ser humillado.

Pero lo sutil, sabio, bondadoso
y misericordioso de este abajamiento
es que lo ha hecho cuando la criatura
presa de tal derrumbamiento,
no había hecho ningún mérito para ello,

y residía aún bajo todos los equívocos.
Fue en su busca sin reproche,
ni tardanza, ni reteniendo nada del beneficio.

El Pastor realiza esto,
aunque cuando llegue a la criatura
esta se le oponga,
y le diga que ella, la oveja,
le ha quitado los derechos al Pastor;
o le diga que el cuerpo recibido de Dios
ahora es de ella y si quiere
lo puede disponer para el mal;
que ella desea seguir acomodándose
al abismo en que ha caído;
malversando la vida en el vicio,
con desdén de todo auxilio al prójimo,
hasta despreciando el camino de salvación
que le traza el Pastor
para que en él regrese a la luz,
y en la luz puede ver sus propias llagas
en las llagas del Pastor,
que ya ha pagado el rescate
a precio de su propia sangre.

Frente a toda negativa de la criatura
el Pastor no abandonará su cometido.
Que, tan bajo llegará la criatura en el mundo,
y el Pastor seguirá llamando.

Que si dejando este mundo
se enfrente a la justicia divina
será porque agotó todos los grados
de respuesta al llamado.

No olvides alma, el Pastor divino,
aún confinado al último confín de la tiniebla
y yacente en lo muerto y en el olvido,
es el único, por ser Dios mismo,
que tiene la vida divina,
y para dártela te esperará
hasta después del último instante.

IX

Se ha escondido Dios
detrás de la miseria del hombre,
y desde allí la admite y le da la miseria,
mientras el hombre la prefiera,
y mientras no llegue
el último día de la cuenta.

Ya que el hombre convierte en miseria
la gracia bendita de Dios.

Se ha escondido Dios,
detrás de la abominación del hombre,
y desde allí le sostiene la misma gracia,
que el hombre pervierte en abominación;
no la quitará cuando el hombre
defienda, con sus razonables equívocos,
la ignominia en la que encuentra comodidad;
o no vaya la vida al fenecimiento prematuro
donde caducan todas las ansias,
y los anhelos erróneos del mundo.

Se ha escondido Dios,
detrás de la muerte del hombre,
desde donde lo acompaña
como un compañero de camino,
hasta fenecer junto al hombre,

para matar en el hombre
todo lo que es muerte
y desgajar la rama seca para injertar de nuevo
la rama reverdecida.

Se ha escondido Dios
detrás del olvido del hombre,
para entrar al ámbito oscuro
del olvido de Dios.

Y el Dios olvidado en la muerte,
confinado a la tiniebla,
pueda susurrar su Palabra de vida,
y desde el núcleo mismo
del alma del hombre relegado,
entonar la esperanza del Evangelio santo.

Y el hombre sepa
que Dios no lo ha dejado abandonado
al confín de su miseria,
ni al olvido de la muerte,
sino que le ha dado un destino de grandeza,
una esperanza verídica
y un amor profundo y eterno que lo participa
en la suprema generosidad
del que todo lo es, en el Todo perpetuo.

X

Señor,
has venido al hombre como Hombre,
para enseñanza, ofrenda y reparación eternas;
has venido al hombre como Dios,
para rescate, redención y cielo eterno.

Has venido a la miseria del hombre
y te has confinado a la tiniebla;
te sometiste a la maldición
y te abrazaste a la ignominia de la cruz.

No para salvar la miseria
ni para preservar la tiniebla.
No para confirmar la maldición
ni para denigrar al dolor en la cruz.

Viniste como Hombre
a la miseria de la decadencia,
para que, como Dios, le dieses la gracia.

Viniste a la tiniebla de la desazón,
para librar de la oscuridad
a la luz del Espíritu.

Viniste a la maldición de la desobediencia
para silenciar al mal hasta el mutismo eterno,
y perfeccionar la ley del amor divino.

Viniste a la cruz de todas las derrotas,
para dar al hombre la vida eterna,
fundiendo tu vida divina de la gloria
y elevar al hombre
de la postración de la muerte.

Señor,
rescátanos de la miseria
en que el hombre ha caído,
y podamos afirmar
que el reino, el poder y la gloria
que Tú nos quieres dar, tuyo es.

Alumbra la tiniebla del abismo
en que el hombre se ha sumido,
y podamos adentrar en el misterio de la fe,
para que anunciando tu muerte
lo transformemos en proclama
de tu Resurrección.

Danos tu camino de verdadera vida
para quitar al hombre
de su ley de muerte,
y poderte decir
con toda la fuerza del alma,
ven a nosotros Señor,
ya que no podemos ir a Ti,

y afianza el camino
para seguirte en tu señal de amor divino.

Adéntranos en tu resurrección de vida
para que podamos decir
de tu Vida y de nuestra vida,
que es verdadero, digno, justo,
equitativo y saludable
agradecerte a Ti,
porque esto nos une para siempre
al destino que Tú has querido dar al hombre.

VII

SALÍA DE SU BOCA

UNA ESPADA DE DOS FILOS

Apoc. *1 (16)*

I

“Y dijo Dios: Hágase, y fue la luz”.

¿Qué podrá derrocar esta Palabra?,
la palabra del existir,
contra otra eventual palabra
del no existir . . . (?)

La palabra ha de tener dos lados
de la forma perfecta.
Dos filos para adentrarse
no ya a la herida,
sino en la inserción perfecta
a pertenecer sin zaherir,
impregnar para integrar,
unirse para compartir.

La Palabra de la realidad en la luz;
la Palabra de la creación en su acontecer;
la Palabra de la divinización en la gloria,
y del alimento en la gracia;
de la permanencia en lo eterno
y del amor en la ofrenda;
del anuncio en la suavidad de la salvación,
y del regalo amistoso de la resurrección;
la del fermento del reino de los cielos,
y de la claridad consciente del alma
que, por amor, desea unirse con su Dios.

La Palabra de Dios
como espada de dos filos
son filos de atractivo de amor,
no de herida del mal,
sino de segura llegada al núcleo íntimo
de la adhesión amorosa
a la destinación agraciada
de la vida en Dios.

Alimento de todo trascender
hacia el beneplácito bendito
de la vida que construye en aquella Palabra,
que sale de la boca de Dios.

Por ser vida, de ella huye la muerte.
Por ser alimento
reconstituye todo principio,
todo fundamento y todo proyecto.
Por ser luz, regimenta toda guía
hacia la altura bendecida.
Por ser Espíritu,
es inspiración a infinito de toda rectitud,
en la múltiple eficacia
del fruto que place a Dios,
y fortalece al alma.

S.Miguel Arch. o.p.n.

II

Señor,
¿cómo ser en tu bondad?,
y ya no querer ser cauto,
ni anteponer ninguna argucia
de la sola prevención
de esperar el bien en el bien pleno.

De tal estado de pureza
tan propio de Ti, Señor,
que esperando el alma solo en Ti,
su confianza en plenitud
pueda esperar sin mella,
creer sin fingimiento,
en rectitud de conciencia
y sinceridad de corazón, tal,
que, como Tu Palabra,
espada de dos filos,
el alma manifieste de sí misma,
esa integridad de contenido
y esa plenitud de fin.

Si no pueda el hombre conseguirlo
en su actual estado,
lo consigue de Ti, en Ti mismo,
y desde Ti mismo.

El alma,
en fidelidad de superior obediencia,
consigue en Ti, tal fin de pureza.
Así cómo Dios está en la criatura
manifestando desde su centro criatural,
el bautizado ha de tener su Niño de natividad,
su Crucificado en ofrenda
y su Resucitado en gloria; Dios con nosotros.

Si la criatura obedece al Espíritu divino,
podrá ahondar en fe, esperanza y caridad,
su palabra será la de Dios en él,
la pureza como integridad completa
en ambos filos del amor,
Dios y el alma,
y la virtud, desde la única fuente posible,
se hará expresión en lo criatural
en los dos filos
de la compenetración a infinito
de compartir con el hermano.

Siendo ofrenda perfecta
mientras que desde Dios,
se manifieste de dos filos, de dos en dos,
en la multitud del coro
que hace suya la Palabra de Dios.

III

La Palabra
de plenitud en la verdad,
sale como envío,
desde lo íntimo de Dios,
y se amplifica en las dos direcciones
de la infinitud de la extensión;
donde Dios exhala de su propio infinito,
hacia el infinito de su gloriosa Creación.

Esa Palabra,
que va diciendo todo lo de Dios
lo dice en la simplicidad de lo verdadero,
en lo permanente de lo eterno fructífero,
en lo grandioso de la gloria de la serenidad,
en lo abarcativo de la inmensidad
que alcance la criatura en su existir en Dios.

La Palabra
va dirigida a la Creación,
al corazón de la criatura,
y a la existencia toda.

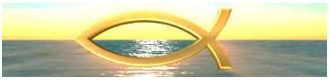
La criatura no puede no oírla,
ya que la esencia de su vida
se alimenta con tal Palabra.

La Palabra, que vuelve a Dios,
no vuelve sin fruto,
y sin haber cumplido su fin de amor.

Si la criatura no oye esa Palabra,
de la cual un filo
es de su propia pertenencia,
lo percibe en el dolor de una herida,
lo llora en la penuria de una ausencia,
y le angustia en la perplejidad
de una desorientación.

La Palabra divina le muestra
una desobediencia
en aquello que debiera obedecer,
una impiedad en lo que debiera ser generosa,
una inequidad en lo que debiera ser
un equilibrio justo.

La criatura no se va de la Palabra de Dios,
ni se va de lo íntimo de Dios,
ya que, por el pecado, el hombre
sufre lo íntimo de Dios
en la cruz de la herida;
y en la fidelidad, la criatura,
goza lo glorioso de Dios
en la resurrección redentora.



IV

Dios es vida,
y la Palabra de Dios,
es alimento de vida.

No crea el alma
que esto es en sentido figurado.
Es una realidad de acto.
Dios da vida, la ha dado,
y la va dando "in æternum",
como un acto magistral del existir.
Y es alimento su Palabra,
al punto que con ella
sostiene la vida.

En lo fiel
los filos de la Palabra
son proyección a infinitud.

En lo infiel
los filos de la Palabra
son herida punzante.

En lo obediente a su amor,
la Palabra de Dios alimenta
en tanto hace conquistable
lo que ya ha dado,
y hace pregustable lo que promete.

En lo desobediente al amor de Dios,
que encuentra su medida en el Mandamiento,
la criatura depende de sí misma
en cuanto fue desobediente,
y en esto se vacía de gracia de Dios
y se llena de sí misma,
que también es vacío y nada.

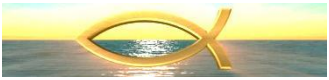
En lo humilde la Palabra fructifica.
Si no interfiere el sí mismo
para propia complacencia
sin servicio al prójimo.
En lo humilde, sumido y sumado a la Palabra,
ella va elevando y eleva al alma.
En lo arrogante
el alma incurre en aprovechamiento impropio.

Que la Palabra no origina inequidad,
sino justicia.
De no estar en la Palabra de Dios,
es como si sonase la propia palabra,
que no conlleva ningún fruto.

Cuando la criatura levanta su palabra
sin que sea elevada a lo divino,
se vuelve ficticia y de falso sostén.

En la arrogancia
se proyecta la herida del alma,
que produce confusión y dolor irredento.

En la humildad
la herida glorifica al alma,
que produce claridad de conciencia
y reparación santificante.



V

" Mors et vita duello"

La muerte y la vida en duelo admirable.
Conflicto de la vida en lucha
contra un enemigo,
que han de ser muchos enemigos.

De cuya sabiduría, la vida de Dios,
ha generado el nacer del Cristo en Jesús.
En tal vida ha prevalecido la muerte.

De cuya sabiduría también ha resucitado,
y en la sabiduría de su Palabra
ha prevalecido la vida.

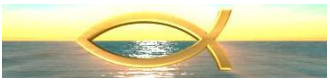
De la separación de ambos filos
de la Palabra en juego,
la muerte y la vida, ha reinado la vida,
porque ha conseguido
la perfecta unidad de la vida,
entre Dios y el Hombre.

Una brecha surgida entre el hombre y Dios,
el hombre se aleja, se distancia,
y se priva de Dios.
La brecha inconciliable
que ocasiona la caída en el hombre,
hace imposible al hombre llegar a Dios.

La misma brecha subsiste
en Jesús de Nazareth, Hijo del Hombre.
Sin conflicto ni duelo ante Dios Padre,
por su generación inmaculada,
y su generación sin lazo al mundo,
("natum est de Spiritum Sanctum")
base substancial de su oposición de raíz
al mundo de la sangre caída,
dando condición "sine qua non"
a lo legítimo de su triunfo.

Mas, como Hombre verdadero
y hombre pasible de morir,
sigue en tal brecha,
que separa a Dios del hombre,
pero hace a Dios (Hombre) igual al hombre.

Hasta el: "Padre porqué me has abandonado".
Resumiendo y coligando la brecha
de la herida mortal en el "consumatum est".
Por eso, en el insigne duelo
entre vida y muerte,
reina la vida, aún sobre la muerte,
que se verá remitida a su isla eterna.



VI

Callará la devoción.
Callará la fe.
Callará la espina y el dolor,
mas la Palabra de vida no callará.

La esperanza tendrá su silencio santo,
o su ausencia lacerante,
mas la Palabra de Providencia,
seguirá enunciando su profecía,
aún en la certeza de la gracia bendita.

Callará el hombre de la obstinación en el mal,
y el hombre de vida incompleta
ya no gritará su imperfección,
pues no hablará hasta cumplido
el perdón que reconstruye,
hasta la plenitud de la luz en Dios.

Callará la herida temporaria
y el goce pasajero,
no podrá más celebrar su algarabía,
porque un olvido de distancia
lo dejará arrumbado en el miedo fenecido.

Derrotado el miedo
perderá vida el goce de mundo.

Pero la Palabra de Dios
pondrá voz a la vida nueva
de la cumplida redención;
la Palabra de Dios seguirá compartida
entre Dios y la criatura,
entre la criatura y su hermano,
entre criatura y creación,
criatura y eternidad, infinitud y amor.

Si la Palabra en Dios es la misma vida,
la palabra divina en la criatura
ha de ser santidad en acto, luz en revelación,
verdad en unión perfecta.

No callará jamás,
pues no habrá cosa qué callar,
si no hay cosa qué desechar.
No hay cosa para postergar
pues no hay sobrante ni falta.
No hay signo para descifrar
en la dignación bendita
de la criatura que sabe pedir,
sabe disponer y sabe anidar lo propio,
y de Dios que podrá confiar
en la unión aliada con su criatura,
y en el goce de cielo
será el goce de lo cierto.

VII

Un alerta
convive la vigilia del día;
con cinco sentidos para percibir,
y una conciencia
dónde cotejar lo percibido.

Los sentidos
interferidos por el ciclo de vida,
por el mundo de lo transitorio,
agobia con sus alarmas,
sus urgencias, y sus requerimientos;
captura la atención de lo vivencial
y pone un contenido
en lo pasajero que va a lo caduco.

Completa las horas con lo necesario,
y deja en un vacío reposado
la quietud, que suele internarse
en las esperas dependientes
de lo transitorio que sobrevendrá mañana.

¡Qué pocos son los encuentros
con la propia conciencia!
Ella es un estado,
y captura la atención el suceso
del acontecer que viene.

Lo temporario,
siendo un ciclo que vuelve y va,
representa una quietud que agita,
o una inmovilidad que desaparece
según el ritmo natural
del tránsito de cada partícula.

La conciencia reflejando al propio ser
en esencia de su existencia,
parece siempre quieta
sin alternancias novedosas
que no obedece a ningún ciclo,
ni se va cuando uno se va yendo.

Pues, esta permanece y aquello se ausenta.
La Palabra de Dios, que es vida que nace,
vida que permanece en la que transita
y en la que tiene conciencia de sí.

Deslinda las dos orillas de la vida,
la de la prueba en lo transitorio,
y la de la edificación en el espíritu.

En una coteja un aprendizaje,
en la otra cimenta una instrucción.
Mientras en una se ofrece por amor,
en otra dialoga en lo eterno.

El enemigo del alma distrae tanto
con el mundo corpóreo, que suele
alejar a la conciencias
de las presencias eternas
en la convivencia de Dios,
en su presente eterno.

VIII

La Palabra de Dios
que llega a la criatura
como vida, en gracia y luz,
queda en la criatura
como vida, luz, acontecer y trascendencia.

Allí, en la boca de la criatura,
la palabra es espada de dos filos,
que siendo espada de oro
es palabra valiosa, deseada y ofrendada,
para ser consuelo, alivio y reparación,
enseñanza, instrucción y sabiduría,
paz resplandeciente y redención.

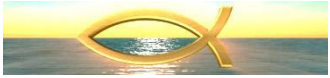
La Palabra pide a la criatura para Dios,
para que Dios dé al prójimo por la criatura.

Así, exige amor en adhesión,
seguimiento y fidelidad,
en comprensión, alta sabiduría y obediencia,
desprendimiento, gratitud
y pobreza evangélica,
simplicidad, rectitud de conciencia
y castidad de conducta.
En suma, pide amar a Dios.

Por esta criatura, que de Dios
obtiene esto gratis, y lucha por defenderlo
ante el enemigo de mundo,
por ella, pasa la gracia divina
que llega al prójimo de parte de Dios,
como vida, luz, piedad,
misericordia, sabiduría y eternidad,
constituyéndose ofrenda perfecta
porque sale de las manos santas de Dios,
y el servicio prudente y confiado
de la criatura, la cual oficia de intercesora
para los servicios santos del cielo.

Cuando tal Palabra tiene tal proveniencia,
posee tal fruto.
En la santidad de la Palabra
debe estar el cuidado de la criatura,
para la superación de su alma.

Oh!, camino pernicioso
en que tanto se destruye
por el descuido de la palabra.
De la boca del justo habla Dios,
ya que el justo
no habla por justo como un derecho,
sino en la humildad
de servir a Dios en su palabra.



IX

La espada de doble filo
se adentra en la íntima fibra
de la conciencia del ser.

En bien y en unión con Dios
tal espada se hace propia de la criatura,
y difunde el reino de Dios,
por los adentros de las almas
por boca del prójimo
aquellos que en buena voluntad la reciban.

En error produce una herida
que nada la sana ni la revierte
sino solo, Quien puede co-regir
volver a regir aquella palabra ab-errada.

Pues, la Palabra
no ha de ser solo sonido,
ni solo intenciones, ni solo sugerencias,
ni solo conocimiento, ni solo ciencia,
ni lógica, sino el mismo Espíritu del Señor,
que deja su huella de gracia,
como presencia agraciada,
como destinación consagrada,
y como signo de reconstitución.

La espada de doble filo,
es la que tiene segura llegada
al núcleo central y a la esencia
de toda criatura que está unida
al solo alimento de lo divino.

Y estará siempre disponible y siempre pronta
a unir corazones, a unir destinaciones,
a combinar lazos de unidad,
en el infinito tramado de la gracia,
y en la infinitud del anhelo eterno.

La palabra de la criatura
siempre es destello divino,
a la cual, la propia criatura
siendo fiel hace brillar al Espíritu,
en sí, y en otros; y no siendo fiel
deturpa o entorpece tal palabra,
que oficia de testigo
de la desobediencia de su infidelidad,
presentada como ira de Dios
y para propio ensombrecimiento y confusión.

Ya que el mal actúa con lo de Dios,
que le concede la criatura,
y actúa sobre lo de Dios en la criatura.

X

Oro de la vida eterna sale de la boca de Dios.
La criatura debe entregar su barro,
para recibir ese oro,
como alimento de la boca de Dios,
alimento que lo reconstruye a lo eterno.

Vencida la muerte en la cruz,
ascensión y resurrección de Cristo,
se hace posible el intercambio,
el sagrado comercio,
de dar un poco de barro de la vida temporal,
para recibir oro de vida eterna.

Si la criatura en el mundo temporal,
defiende esa vida que va a la muerte,
implica un desechar la oferta de Dios,
de canjearlo por su oro eterno.

Así, más allá de la natural defensa
de la supervivencia necesaria,
el barro de lo temporal
debe ser ofrendado
como una insoslayable obediencia,
sin la cual jamás se podrá acceder a aquel oro,
ya que son incompatibles,la luz y las tinieblas,
lo temporal con lo eterno,
el bien de Dios con el mal del enemigo,

la Palabra sacramentada
con la palabra mentida,
el Evangelio con la hipocresía,
la pureza inmaculada
con la doblez de espíritu,
la riqueza de mundo con la riqueza de Dios,
la obediencia con la simulación,
la gracia con la vanidad.

Dios es mi único bien, entre todos los bienes.
Dios, nada hace faltar al alma, aun en medio
de todas las argucias del hombre
para conquistar lo efímero,
y distraer lo perdurable.

Dios va por el deseo, el anhelo
de toda ansia de verdad,
ante las razones innumerables
que pueblan la conquista
de todo cuanto se tendrá que dejar.

Dios es el libertador en Espíritu
de cuánto el hombre se ate temporalmente.
El mundo, con su amenaza de vacío,
es el opresor, de cuanto el hombre sabe
que pueda liberarse en Dios.

VIII

1 -
Yo Soy el principio y el fin

2 -
Que Cristo habite en los corazones

3 -
Gemidos inefables del Espíritu

1 – Yo Soy el principio y el fin

Ef.- 14,21

A su propio principio
se deba contestar,
que todo bien transita
con su mismo comienzo.

Con un solo principio
basta para existir,
salvo el hombre que cae
ignorando su fin.

Vaga el hombre caduco
por su desobediencia,
que perdiendo el principio
ya no halla su fin.

Siendo Dios el principio,
desde el primer instante
por toda Providencia
va de Dios cada instante.

Y el infinito instante
depende del primero,
donde el alma obediente
llega en bien a su fin.

Pero Dios ha querido
un segundo principio,
que confirma al primero
y lo eleva perfecto.

Como un primer nacer
que del Padre se nace,
y un segundo nacer
del Espíritu innato.

Porque gracias al Hijo,
que de Espíritu nace,
la criatura renace
en el agua de Dios.

Así, cuando al principio
el alma vino al cuerpo,
en volver a nacer
cuerpo en gloria será.

Aquel cuerpo glorioso
que promete sus fines,
habiendo renacido
del principio de Dios.

2 –Que Cristo habite en los corazones

Ef.- 14,21

Persiste el "mientras tanto",
en la vida viajera,
que va en un solo rumbo
en los ciclos del tiempo.

Entretanto la vida
construye su vasija,
para que en ella adentre
la vida que da Dios.

Allí se aviene el Cristo,
inmolado en la cruz,
después resucitado,
subido hasta los cielos.

Ese Cristo Evangelio,
que es Palabra y ofrenda,
hombre y Dios, Cuerpo y Sangre,
Sacerdote y altar.

Testigo frente al Padre,
en el cielo-Santuario,
refugio y Puente vivo,
para arribar los cielos.

Entrado en el Santuario
intercede por todos,
con su sangre ofrecida,
su sangre redentora.

Así está dentro el alma,
si el alma lo recibe,
como en alto santuario
que replica sus dones.

Pues en el "mientras tanto"
también está Dios,
que espera ver al Hijo,
en el alma pro-hijada.

La vida se edifica
desde dentro del alma,
poniendo de la vida
una piedra basal.

Siendo Cristo la base
el castillo del alma
será el Cristo total,
glorificado en Dios.

3 –Gemidos inefables del Espíritu

Ef.- 14,21

En el campo del alma
siembra Dios su semilla,
para que fructifique
la imagen de su Hijo.

En el cielo perfecto
de la gracia de Dios,
Cristo reina en el alma,
donde Dios santifica.

La bendita vasija
donde el cielo construye,
la vasija es el alma
y el contenido Dios.

Cuando el hombre insensato
se vacía de Dios,
su vasija ensombrece,
y no hay luz que la alumbre.

Que la vasija obliga
que algo la contenga,
porque es fin imposible
transitar en vacío.

Entonces sustituye
el plan de lo glorioso,
ese falso sí mismo,
como fuente contraria.

La del sí mismo es resto
de los dones de Dios,
errados en principios
y aberrados en fines.

La contraria enemiga
que educa en el desvío,
tiene fin en lo incierto
y el equívoco impera.

Pero Dios permanece
en cuanto que no quita
lo que una vez ya dio,
como imagen del Hijo.

Pues, el error del alma
se transforma en herida,
que la Cruz atempera
y espera a redimir.

ÍNDICE **Jesús clamaba en alta voz** *Meditaciones*

1 - JESÚS CLAMA EN ALTA VOZ

Exultación	4
Clamas Tú	5
Un ciego	6
Esa voz	7
Agua viva	8
Cómo no escuchas alma	9
Sea el alma	10
Con creer	11
Una voz	12
Quien tenga	13

2 - HE HABLADO UNA VEZ, Y NO INSISTIRÉ.

Unidad	15
Pesar y angustia	17
Cuando te he seguido	18
Habré hablado una vez	20
Fue tan solo una vez	22
No volveré a decir	24
En medio de la vida	26
El asombroso juicio	28
Cuando ya nada agregue	31
No es acaso gozoso	33

3 – Y SALIÓ A BUSCAR A LA OVEJA PERDIDA

Tu vienes a redimir	36
Cuánta pena	38
Tú eres el buen pastor	40
Niéguese a sí mismo	42
El alma	44
A conciencia clara	46
El hombre ha perdido a Dios	48
El hombre ha perdido	50
El hombre	53
Salió el Señor	55

4 – ALZADA ESTÁ TU MANO

Alzada está tu mano	58
Dios de la vida	61
En tu mano, Señor	63
El hombre	65
La semilla crece	67
Para desviar en el error	69
El Hijo de Dios, el Cristo	71
Tú levantas tu mano	73
Si Tú eres el excelso	75
Si el hombre mira	77

5 - ¿PORQUÉ DUERMEN?

Presa, el alma	80
Duerme	81
Surge la sangre	82
Los tiempos	83
No solo duerme	84
Hay un día	85
Antes de descansar	86
Por levantarse antes	87
Alzarse del sopor	88
Elevándose	89

6 – ME CONFINASTE A LAS TINIEBLAS

La gracia de Dios	91
El Hijo del Hombre	93
Ya estamos en el olvido	95
Te has olvidado de Dios	98
Señor, estás en un sagrario	100
Tu voluntad	102
Alma, eres como Dios	104
El Señor es mi Pastor	106
Se ha escondido Dios	109
Has venido al hombre	111

7 – SALÍA DE SU BOCA UNA ESPADA DE DOS FILOS

Y dijo Dios	115
Como ser en tu bondad	117
La Palabra	119
Dios es vida	121
"*Mors et vita duello*"	124
Callará la devoción	126
Un alerta	128
La Palabra de Dios	131
La espada de doble filo	133
Oro de la vida eterna	135
Yo soy el principio y el fin	138
Que Cristo habite en los corazones	140
Gemidos inefables del Espíritu	142
ÍNDICE	144